justicia, del mismo modo que su for- | del techo y la suma aguarda al gituna un derecho inclutable.

- Duradera! repitió alzando su soberbia frente. Tan solida y tan durable como lo es y será la estufa construida aquí para mí y para toda mi descendencia. Todo en mi casa es

En el mismo instante salió una carcajada infernal de la magnifica estufa que ella señalaba con el dedo, un crujimiento espantoso la sucedió, y la estufa se raje y cayo á pedazos.

Palideció la señora de Scheremberg, y en aquel mismo año la afligió una série continua de desastres v desgracias, pues su fortuna se desmoronó, y su estufa y su orgullo como su fortuna.

Murió sin dejar siquiera con qué pagar sus funerales, y algunos amigos caritativos le pagaron un modesto entierro. En cuanto á sus descendientes, no pudieron recobrar el antiguo esplendor de los Scheremberg, y la familia ha permanecido siempre pobre. Al volver à Reval fui à ver al gobernador de la pleza Patkull, pues deseaba conocerlo, porque me refirieron una historia singular que pertenece à su familia. El gobernador, que es de una talla muy alta, tenia entre sus abuelos un guerrero gigantesco y escesivamente orgulloso con su alta estatura. Ocurriosele un dia colgar del techo una enorme lámpara de cristal sin servirse de escalera ni taburete, y sin empinarse siquiera sobre las puntas de los piés; encantado de esta obra maestra, depositó una suma considerable en un establecimiento público, con orden de no entregarla sino á uno de sus descendientes que llevase el apellido de Patkull v que pudiese quitar la araña de su lugar sin escalera ni taburete. Ningun Patkull se ha hallado desde aquella época con una estatura bastante aventajada para poder descolgar la araña y cumplir el estravagante desco de su altísimo ascen-

Y el dinero? El cristal pende aun

Lo siento por Reval; pero todas sus crónicas inducen á creer que la vanidad era alli en otro tiempo la base fundamental del carácter de sus buenos habitantes, ¡Libreme Dios de pensar que es ahora así! pero vo no juzgo, solo refiero.

-00,00-

EL REVEZUELO.

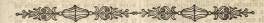
El revezuelo es el mas diminuto de nuestros pájaros. Los hay de muchas clases, y así se les da diferentes nombres, segun tambien las diferencias poco perceptibles ó al menos poco notables que existen en su especie. Su pico es delgado, corto y un poco comprimido, los agujeros de su nariz cubiertos de una plumilla muy fina, su lengua cartilaginosa muy puntiaguda, áspera por su estremo y las alas cortas. El color del fondo de su pluma es verde oliva algun tanto oscuro; pechuga y garganta pajiza, y el vientre blanco tirando á pardo. Por un contraste bastante notable el revezuelo fabrica su nido en la tierra, en el corazon de algun enmarañado jaral v entre hojas secas, y lo hace con plumion, y tan pequeño, que fácilmente se oculta à los ojos de los mas prácticos y perspicaces. Los ingleses le llaman chiff-chaff, cavo nombre reproduce con bastante exactitud el ruido que produce su gorjeo. En Francia se le designa bajo el de tip-tap, tambien por una imitacion de su canto, cuvos sonidos repite siete ú ocho veces y con la mas grande precipitacion v volubilidad, v en España le designan con el nombre de revezuelo.

de der page y noven, fue a Madrid

denide tern tumbing un image, cities

ch el rano de policia. Colore a su

siden vel springer of sample for red les



VARIEDADES.

JOSE ZORRILLA.

¡No es notable que, como la historia de la humanidad dentro del sistema de Vico, giren dentro de un mismo círculo la mayor parte de las biografias de poetas? Sus padres siguen todos el lenguas, el dibujo, la música, y demas axioma de Platon, que escluia de su conveniente al desarrollo de su rica república á los sonadores. Quieren imaginacion. que sus hijos tomen parte en las maniobras activas de la nave social, echando mano, ya á los cables, ya al timon, ya al silbo del mando, mientras los poetas, teniendo mas placer en consultar las estrellas sobre el rumbo del buque, como el Chatterton de Alfredo de Vigny, pasan su infancia contemplativa en choque con las miras domésticas, v si salen á veces maldecidos y muy á menudo maltratados vencen casi siempre.

La vida de D. José Zorrilla ofrece un ejemplo notable de los triunfos que la imaginacion filial compra muy caro contra el dictámen paterno.

Habiendo nacido en Valladolid el 21 de Enero de 1817 de D. José Zorrilla, magistrado de la chancillería, y de Dona Nicomedes Moral, viajó en su infancia desde la ciudad natal á Burgos y á Sevilla, donde su padre estuvo empleado. Nombrado éste en 1827 alcalde de casa y corte, fué á Madrid en donde tuvo tambien un cargo elevado en el ramo de policía. Colocó á su hiio en el Seminario real de los nobles, recho civil, y segun va andando, ya se

vasto establecimiento que estaba al cuidado de los jesuitas, y dotado de grandes privilegios por el rey. En él se daba una educacion sólida y brillante, á los primogénitos de las primeras familias del Estado. Zorrilla estudió en su compañía hasta 1833 las humanidades, la filosofia, las matemáticas, las

Como á la salida del colegio no viviera va su padre en Madrid, se incorporó á él en una pequeña villa de Castilla la Vieja, donde estaba confinado de real orden con prohibicion de acercarse á la corte y á los sitios reales.

Muere luego Fernando VII, v su testamento suscita la guerra civil. ¡Dejará el antiguo magistrado á su hijo por defender sus principios políticos? Lo quiere con ardor; pero es vencido por su deber de familia. Tres años permanece en su oscuro retiro, atento al estudio de las leves que sigue su hijo en las universidades de Toledo y de Valladolid. ¡Sacrificio inttil! Los áridos campos de la jurisprudencia desagradan al poeta naciente que está enagenado con los perfumes literarios que ha traido del colegio de los jesuitas. Cáensele de las manos los códigos latinos y castellanos por deleitarse con el Romancero, D. Quijote ó los dramas de Calderon. Cediendo á las reiteradas amonestaciones de su padre, se levanta para ir á la cátedra de de-

le arrastra un soldado viejo que cuenta una batalla, va se descarria en pos de dos estrellas, ya le embebe un canto en las leyendas de los moros y de los árabes, va le representa una ruina la España antigua y los compañeros del Cid. . . . De esta suerte nuestro estudiante de leyes, concluyendo por sentarse sobre una piedra, dibuja los caprichos de un arabesco durante la esplicacion del derecho, ó bosqueja un romance en verso de una disertacion sobre los fueros.

En suma, sabia de memoria al fin del año todas las tradiciones de Toledo; pero el árido estudio desapareció de él al soplo de la poesía, como una nube de polvo al del levante.

Sucedió, pues, lo que era inevitable. El padre, deseoso de que su hijo fuera un gran jurisconsulto; y el hijo, arrastrado de sus inclinaciones naturales, se irritaron el uno contra el otro hasta indisponerse entre sí. Tal fué el único proceso capaz de interesar al jóven Zorrilla, y este como aquel desplegaron igual energía, creyendo litigar cada uno pro domo sua.

-Si no te gusta la carrera de leves, dijo el padre, toma la azada v ve a ercardar nuestras viñas.

-Ya que mi padre, se dijo á sí mismo el hijo, me ha dado una educacion contraria á sus proyectos, prefiero sacar de ella el partido que me conviene, á aprovecharla en nuevos estudios contrarios a mi aficion.

No era del todo disparatado el razonamiento, si no hubiese mediado la

paciencia, sale de la casa paterna y corte con sus cabalgadas de señoras y | principios religiosos mas sólidos y mas

para delante de un baile de gitanos, ya | de hidalgos. Zorrilla no puede contenerse ya; ve una yegua que pacia en el prado de un primo suyo, y la monta en pelo y sin estribos. Dirige un suspiro y una lágrima hácia el albergue de su infancia, aquella casa cara á su corazon, pero que tiene á sus ojos la forma de un código monstruoso que es preciso hojear dia v noche. . . Ya le teneis andando para Valladolid en su corcel, aguijando con el talon, mientras le aguija á él mismo la musa que monta en grupa y galopa con él....

Leida la infancia de Jaime Callot, fácil será imaginar las aventuras de nuestro poeta, cuva narracion no se nos permite, pues tambien halló este el camino de la gloria en una carreta

de gitanos errantes. ¡La gloria! Sin ella no podia justificarse. Su padre, arrebatado de su retiro por sus enemigos, una vez que no contaba ya con su hijo, empeña secretamente su fortuna y pasa al campo de D. Cárlos. Aquí sus amigos se convirtieron en adversarios suvos por la inflexibilidad de sus principios, y emigró á Francia antes del convenio de Vergara. Entonces se presentó á su hijo la ocasion de un noble desquite,...

Zorrilla se estrenó en la poesía por medio de un rasgo de maestro, el Sepulcro de Figaro. Habiéndole dado á conocer esta obra, vierte á torrentes su númen, publica volúmenes sobre volúmenes, populariza su nombre en España y en América y se halla contrahecho por los libreros estrangeros, discutido y admirado por todos los criticos de la Europa, y sobrepuesto, en desobediencia que por desgracia llego fin, á sus rivales en la edad en que es-hasta la imitacion del nilio pródigo. fin fa-Un dia nuestro poeta, apurada su ma llega hasta su padre desterrado, aciencia, sale de la casa paterna y que en un principio la contempla con mira al horizonte por el lado de Valla- enfado, sintiendo que un talento que dolid. Como las brujas de Macbeth, hubiera dominado en el foro, se emle llaman en cero las leyendas de la plee acaso en locas rimas y en capriantigua ciudad. Aparecen á sus ojos chos impíos ó escandalosos. Abre con los monumentos góticos y bizantinos repugnancia ó tal vez con colera los de un modo deslumbrador.... En el libros de su hijo, y jqué halla en cada centro se representan las fiestas de la página de ellos! Oh sorpresal Los

que ha sacrificado su propia vida, las tradiciones de la gloria yife españolas, animadas en narraciones tiernas y cantadas en estrofas armoniosas.... Bendice los versos que habia maldecido, aplaude, llora y aun hace mas, pues llama y abraza á su hijo.

Zorrilla abriga entonces con su nombre amado el sospechoso de su padre. sirviendo de egida al proscrito su reputacion. Le facilita la vuelta á España y la restitucion de sus empleos, honores y servicios, hasta los prestados á D. Cárlos.

Admirable dia para los dos, y venganza digna de ambos.

Ocurrió en 1845 la entrada del padre, quien, reunido con el hijo en seguida, se fué á su suelo natal Torrequemada. En breve el segundo presenta al primero la muger con quien está enlazado, y todos tres pasan juntos los veranos de 1847 y 1848. ¡Por qué duró tan poco esa gran dicha? Preguntádselo á la Providencia. En Setiembre de 1849 murió el padre de Zorrilla, sofocado por la gota, sin que hubiese podido desempeñar sus bienes gravados por la desgracia y el destierro. Indico sábiamente á su hijo los medios que le sugeria la ley para salvar su fortuna; pero el noble poeta, temeroso de esponer un nombre sin mancha en medio de los litigios, aceptó á ojos cerrados todas las deudas, y dejó á los acreedores su herencia entera.

Quisieron sus amigos resarcirle con alguno de aquellos beneficios simples que dispensan los gobiernos á los escritores que en servicio de ellos emplean su pluma. Mas habiendo jurado Zorrilla á su padre que jamas tomaria partido contra los campeones de D. Cárlos, cumplió religiosamente su promesa y conservó toda su independencia literaria fuera de las regiones políticas.

Las obras poéticas de Zorrilla forman 26 tomos que comprenden casi 200.00 versos. Un numen tan fecundo

puros, las heróicas memorias por las | recuerda á Calderon y Lope de Vega. Sus obras han producido grandes sumas á los editores y á los contrafactores. M. Baudry ha reimpreso en Francia sus tres cuartas partes, é inundado así la Europa y la América. Los asuntos principales son las tradiciones históricas y religiosas de la España y del Oriente. Acaba el autor de fijarse en Paris, para revisar, completar y publicar por sí mismo, á manera de M. de Lamartine, una edicion que será la única reconocida por él. El Mundo Pintoresco, honrado con sus mas preciosas confianzas, publicará los episodios suyos inéditos. He aquí la continuacion de sus

FRAGMENTOS

DEL LIBRO I DE GRANADA, POEMA ORIENTAL DE D. JOSE ZORRILLA.

¡Qué hermosas son las noches de Granada! Cuánto placer la atmósfra respira . Con qué rumor tan grato perfumada Susurra el aura que en sus huertos gira! Su misteriosa soledad, poblada De árabes genios, languidez inspira, Y no encierran los senos de su sombra El vago miedo que en la noche asombra.

El canto de los pájaros canoros Que anidan en sus bosques, embebece: El mido de sus árboles sonoros Y de sus frescas aguas, adormece; De la brisa en los pliegues incoloros Vagabundo el espíritu se mece: Todo reposa allí bajo el imperio De un oriental incógnito misterio.

Encantada ciudad cuyas historias Piden del rey profeta el harpa de oro; Sultana del Genil, cuyas memorias Evoco á solas y en silencio adoro: Alcázar oriental de cuyas glorias Envidioso está el mundo, bien el moro Dijo al decir que la mansion divina Está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo Se ve la faz de Dios que centellea: No hay quien detrás de su flotante velo La omnipotencia de su ser no vea: No hay quien escrita en tu fecundo suclo La realidad de su poder no lea: No hay quien contemple tu nocturna calma Sin alzarle un altar dentro del alma.

Tierra de bendicion! quién no te adora? Tierra de amor, en que el placer se anida, En tus dulces recuerdos se atesora Toda la gloria de mi inquieta vida! Quién de tí, si te ve, no se enamora? Quién tus noches espléndidas olvida? Bien hizo el que á tus piés por no perderte Peleando tenaz buscó la muerte.

Es una noche azul de primavera, Millones de lucientes luminares Dan tíbia luz á la terrestre esfera: De flores aromáticas millares Alfombran ya la tierra, y la ligera Brisa en su régia estancia de Comares Introduce sus virgenes olores A través de sus aureos miradores.

Sobre cojin morisco reclinada, Los piés doblados sobre escasa alfombra, Yace la que de la árabe Granada Al fin sultana sin rival se nombra-Rico dosel de seda cairelada Da á su lánguida faz templada sombra, Y pantalla chinesca en su penumbra Guarda el mechero que el salon alumbra.

Es la azucena pálida de Loja: Es de Ali-Athar la timida gacela: Es la muger que trémula cual hoja De triste sauce, duda, ama y recela. Moraima es cuyo ánimo acongoja Pesar secreto que la tiene en vela, Es la sultana de cabellos de oro-Que el alma hechiza del monarca moro.

Kael, su negro y perspicaz Nubiano Yace a sus piés con languidez tendido; La frente apoya sobre la ancha mano, Fatigado tal vez, tal vez dormido; Mas la mirada fija del enano Y la abierta nariz y atento oido Al que su instinto y lealtad comprende Advierten que sagaz á todo atiende.

En el oscuro camarin, formado Por la maciza fábrica del muro, Y en donde se abre el agimez dorado Que da aire y luz al aposento oscuro

Al estilo de oriente fabricado, Contempla el cielo otra muger; su duro Contorno sobre el cielo se destaca, Pues fuera del balcon el cuerpo saca.

Es Aija la despótica sultana, El genio protector del islamismo. Que desde aquella arábiga ventana Mide del porvenir el hondo abismo. Genio tenaz, encarnacion humana De la fé, del valor y el heroismo, Genio que á parecer en otra era Mentir á los horóspocos hiciera.

Con el rumor del bosque confundidos Que sombrea la torre de Comares, Trae el aura fugaz á sus oidos Del bullicioso pueblo los cantares. A sus vasallos quiere entretenidos Tener el nuevo rey en sus hogares, Y el mal que sus horóscopos predicen Cantando olvidan y a su rey bendicen.

JOSE ZORRILLA.

UN ARTISTA.

EL JUDIO.

-¡Ricardo! ¡es posible que nunca dejeis el cincel de la mano? Yo cree que aun en sueños no haceis otra cosa que delirar con nuestras estatuas; v á fe que nuestra aplicacion os sirve bien poco: siempre matándoos por trabajar, y sin embargo, jamas podemos salir de la miseria en que ya va por tres años en que nos vemos sumidos.

-Callad, buena Monica; tal vez no está lejos el dia que alumbre nuestrafortuna.

-¡Y si en tanto nos morimos de necesidad?

-La Providencia asiste al desgraciado, y por lo mismo no ha de aban-

donarnos á merced de nuestra infan- ! ¡Ver un hijo padecer á su padre, y no da suerte. Ademas, por muchas sombras que empañen el horizonte de nuestro porvenir, yo he de atropellar por medio de ellas, y han de desaparecer ante la antorcha refulgente del genio. Tengo en mi mente una santa estuviese acabado, tendrian presto fin inspiracion que nadie será capaz de nuestras angustias; porque yo me lanarrebatarme, y esa inspiracion ha de zaria con el á los pies de M. Delarch, elevarme un dia tanto sobre los demas que dicen aprecia tanto á los artistas, seres, que al través de la nube de gloria que me circunde, tan solo Dios ha de alcanzar á comprender lo sublime de mis ideas.

-Estais loco: vagais por el ilusorio pais de las ideas, y no recordais las calamidades presentes que os agobian.

-Es verdad; pero diez dias corren muy presto, y pasados que sean, esta-rá ya mi Cruciñjo concluido. Delarch lo verá; no podrá menos de admirarlo; y entonces. . . , entonces alcanzaré un nombre célebre que me distinga entre los principales artistas, una posicion que honre mi mérito, y una corona tal vez ... Oh! Mónica, á los veinte años delira el corazon con esperanzas de gloria; á los veinte años hierve en el pecho un entusiasmo que nos agita.... que nos arrebata.... Oh! no daria yo mis ilusiones de artista por los goces que un potentado disfruta en su palacio. -Bien dicen, que la juventud es la

fuente de las ilusiones. -; Y esas ilusiones son tan hermo-

-Ricardo! Y las realidades que os rodean? jy la enfermedad de vuestro

- Oh Monica! Mi padre, . . . mi padre. . . teneis razon. . . . está enfermo. . . . es necesario que yo busque dinero y que compre el medicamen- res ha de socorrer mi necesidad. to que ha de darle la vida; pero de donde lo saco? ¡quien me lo presta? Soy nuevo en esta ciudad, y por lo mismo no cuento en ella con ningun amigo de quien poder valerme; ademas, carezco en el dia de reputacion artística, y nadie querrá pagar mi tra- viene. . . . ya está en la escalera. Oh! bajo adelantado. ¡Oh Virgen Santa! Dios ha oido nuestras súplicas.

poderle suministrar por su pobreza el único remedio que le daria la salud!

-No os aflijais tanto, hijo mio; tal vez se nos ocurra algun medio. . . .

-Ninguno, Mónica. Si mi Crucifijo v le diria: Toma el fruto de mis tareas; ahí teneis la obra que tantas horas me ha robado..., guardadlo para vos; pero dadme en este momento treinta libras que necesito para dar la vida á mi padre. ¡Oh! Estoy muy seouro que el mérito de mi obra ablandaria su corazon, por mas duro y empedernido que fuera.

-Pero esas palabras son vanas; sus situaciones apuradas; la actividad y las obras son las únicas que bueden proporcionar un remedio.

-Y bien, ¡qué quereis de mí! decidme que la sangre de mis venas puede volverle la salud, y me vereis rasgarlas hasta verter le última gota que contengan,

-Escuchad. Si una idea que me ocurre pudiera salvarnos!

-Hablad presto.

-¡No recordais los ofrecimientos one os hizo aquel judío prestamista, al despedirse de vos en nuestra quinta? -Sí, v bien....

-Tal vez si ocurriésemos á él. . . . -¿Y cómo encontrarle? -Le vi entrar dias pasados en una

casa inmediata á la nuestra. -¡Oh Mónica! Dios sin duda os ha

inspirado en este momento. Id pronto en busca de Ezequiel, que, ó ha de ser un ingrato, ó al recordar mis favo-

Un cuarto de hora habia pasado desde que Mónica habia salido en busca del judío, cuando se le vió volver alborozada: ¡somos felices! . . , esclamó, lanzándose en los brazos del jóven artista y rebozando de alegría. Ezequiel

-Salud, jóven, dijo con afectacion , veces el pequeño préstamo que os deel judío, dirigiéndose á Ricardo, y estendiendo al mismo tiempo una escudriñadora mirada al miserable aposento en que se hallaba.

-Salud, Ezequiel, respondió con dulzura el jóven artista.

-Sin duda tendreis alguna cosa que mandarme, cuando me habeis mandado llamar.

-Seguramente; pero antes quisiera preguntaros si recordais haberme visto en alguna ocasion.

-Yo... no.... como ve uno tantas fisonomías, le es dificil retener ninguna en la memoria. Os habré prestado alguna vez dinero; y entonces....

-No es eso. Cuando veníais á Burdeos, mo recordais una casa de campo en que se os hospedó una noche de grande tempestad? Era la mia,

-Sí, es verdad, una remota idea conservo de eso, dijo el judío afectando indiferencia; pero, jóven, añadió á continuacion, en este momento me aguarda un quehacer improbo, por lo que si teneis algo que decirme, estimaria que despacháseis cuanto antes.

-Si ... si ... nada mas justo, añadió Ricardo disimulando su amargura y palideciendo su rostro. ¡Oh ingratos hombres! murmuró despues entre si. ¡qué presto olvidais los beneficios que se os hacen! Es el caso que tengo á mi padre enfermo.

-- Y bien?

-Le amo tanto, que sacrificaria mi existencia por libertar la suya, y. . . .

-Necesitais dinero, ¡no es verdad? -Con treinta libras le doy la salud, ó le pierdo para siempre.

Teneis alhajas? -Ninguna. ¡Me engaño! una, sí; pero que ahora tal vez no reputareis por tal.

-De ese modo, ¿cómo quereis? . . -Atended. La alhaja de que os hablo es un Crucifijo que todavía está por concluir; pero un Crucifijo que jóven con una sonrisa de desespera-

-Eso es nada para mí.

-Ademas, Ezequiel, mi eterna gratitud.... mi amor....

-¡Bah, bah! Cuando el perro tiene hambre, no se satisface por cierto con las simples caricias de su amo. No faltaba otra cosa, sino que fuese á fiarme en la palabra de un mozo, y en una mala escultura que todavía está por concluir; porque ¡cómo puede ser buena una obra trabajada por un artista novel, sin esperiencia ni reputacion?...

-Ezequiel, esclamó Ricardo inter-rumpiéndole; os he llamado para pediros un favor, y no para que me insulteis.

-No es insulto la verdad.

-¡Judío! Callad vuestra lengua. - Esto mas? Quedad con Dios, jó-

ven, no quiero hacer caso de las palabras que os dicta una imaginación loca y desenfrenada.

-¡Oh! no.... no os ireis, esclamó el artista lanzándose sollozante á sus piés. Perdonadme si os he ultrajado en mi locura. Me habeis dicho que era mi obra mala, y para un artista que funda en ella sus esperanzas, esto es mas cruel que si le arrancaran á pedazos el corazon.

-Vaya, įdejaisme paso? -¡Y mi padre! ¡y mi padre! grito Ricardo con acento sollozante. ¡Oh! yo no puedo verlo morir... ino ois cuán se lamenta? ¡Ohlippiedad de mí, Ezequiel! En vuestra mano está salvarle. , . . Treinta libras. . . . treinta libras tan solo, y pedidme en cambio lo que querais; llevaos mis cinceles en prenda, llevaos todo lo que poseo; pero dadme las treinta libras.

-Me importunais demasiado con vuestras impertinencias; ea, hacedme paso, ó de lo contrario, presto á mis gritos haré acudir quien sepa castigar tamaña insolencia.

-Pasad, pasad prorumpió el pasados diez dias podrá valerme el cion; corazon empedernido, abandooro suficiente con que satisfacer cien | nad la casa del pobre y dejadle pere-

cielo no vibra un rayo que confunda la impasibilidad de esos hombres sin sentimientos! ¡Y no se hunde el sitio en que fija la planta! ¡Oh! casi me hace dudar en este momento de su justicia!-; Cruel! ¡Y se ha ido! esciamo con dolor despues de haber visto salir al judío de su aposento, se ha ido sin atender á mis ruegos, sin atender á los sollozos de mi padre moribundo. Un hombre que pudiera dar la vida á otro hombre, tan solo con echar la mano á su repleto bolsiilo, ha querido mejor guardar un remordimiento en el corazon, que sacar de la gaveta una cantidad miserable en comparacion de sus tesoros. Pues bien, inhumano! añadió como herido de una repentina idea; yo te arrancaré la cantidad que me haz negado, y ay de ti si opusieres resistencia, porque mi puñal es demasiado agudo para que puedas resistirle!

LA CARCEL.

Los primeros albores de la mañana comenzaban apenas á fulgurar en el Oriente, y un jóven se miraba reclinado en una de las ventanas de su prision. Este joven era Ricardo, el cual se veia privado de su libertad hacia ya hallarse un corazon sensible. veinte dias. Tenia la frente posada en su diestra, y la terrible calma que manifestaba su semblante era un seguro indicio de la agitacion oculta que opri- zon, y á quien por librar de las garmia su pecho. Varias veces tendió su ras de la muerte, me ví obligado como vista hácia las sombras que se hundieran en el ocaso, llevándole una noche ne al caso; ved si puedo seros útil, rede las contadas de su existencia: varias veces quiso tambien desplegar los labios, crevendo hallaria consuelo en ble proporcionarosla, pedidme lo que contarse á sí mismo sus desgracias; gusteis. pero estos arrebatos eran tan solo mo-

cer en su miseria. ¡Oh rabia! ¡Y el | da la mañana, si un ruido parecido al que forma un cerrojo al descorrerse, no le hubiera hecho levantar la cabeza y dirigir la vista hácia la puerta que acababa de abrirse. Un hombre de unos cuarenta años, de tez morena y ojos hundidos, de barba poblada y de estenuadas carnes, fué el que vino á interrumpir el silencio que reinaba en aquel aposento. Al ver el preso que se le acercaba, y que en la espresion de su semblante parecia querer hablarle, aunque aparentaba no atreverse por alguna consideracion, interpretó aquel silencio de un modo siniestro, v crevendo adivinar su venida, esclamó dirigiéndole una centellante mirada:

-Verdugo, įvienes ya por ventura á reclamar tu víctima?

El recien venido, conociendo el motivo que le hacia hablar de tal modo. se sonrió cual si no hiciera caso de tan brusca salutacion, y dando á su templada voz el acento mas dulce que le fué posible:

-No, jóven, le dijo; vengo tan solo á preguntarte si puedo seros útil en alguna cosa.

-¡Ah! ¡serme útil! murmuró el preso con abatimiento, ¡quién sois pues? -Vuestro carcelero.

-; Y desde cuándo un carcelero se conduele de sus presos!

-Jóven, entre los hierros y los cerrojos de las prisiones, puede tambien

-Es decir....

-Que yo, como vos, tuve tambien un padre á quien amaba de todo coravos á ser criminal. Pero esto no viepito, v con tal que no me pidais vuestra libertad, porque me seria imposi-

-¡Hombre generoso! esclamó Rimentáneos, y volvia muy presto á su- cardo; venid á los brazos del que de mergirse en la abveccion primera. Así hoy mas se dirá vuestro mejor amigo paso el joven las primeras horas del Tambien yo he idolatrado a mi padre alba, y así hubiera pasado tal vez to- tambien yo espuse mi vida por salvar la suya, logré lo segundo, y por lo! necesito para acabar mi última obra. mismo nada me importa que haya de rodar mi cabeza sobre un cadalso.

-Y sin embargo, es muy amable la vida cuando corren los primeros dias

de la juventud.

-No lo es para el que ve en ello tan solo un horrible caos de amargura. No lo es, para el que hallándose detado de una alma noble y entusiasta, y de un corazon enérgico y emprendedor, tiene que humillarse raquítico bajo la mano del destino, sin que pueda jamas desde tan humilde asiente dar vuelo á las ardientes alas de su imaginacion. Sí, amigo mio, tú no sabes lo que sufre una alma que no tiene la fortuna de ser comprendida por los demas seres que la rodean, una imaginacion de artista que se sublima unhelante de gloria y que ve inu-tilizados sus esfuerzos; joh! para ese la vida es un martirio, una desesperacion continua, y que cesa tan solo al llamarle la muerte desde la honda mansion del no ser.

-No os entiendo.

-¡Oh! Bien se conoce que jamas ha llegado á turbar la calma de vuestro pecho ese anhelo de un nombre que tantas veces ha perturbado mis sueños, esa fantasma de gloria que persigue al hombre tenaz é incansable, fascinando su vista con los mágicos fulgores que despide. Ahora mismo, amigo; en este momento en que debiera consagrarme tan solo á la oracion y olvidarme para siempre de esos deseos. . . . ¡lo creereis? tiemblo al pensar en la muerte, porque no me es dado descender á la tumba con la frente suspirado, llegará á ornar mi lecho fu-

-No llego á comprenderos, repito; pero podeis hablar á quien desea serviros.

restan de vida, y este es el tiempo que ror.

obra ;ay de mil que no quisiera dejar sin concluir. Id á casa de mi padre; traedme el Crucifijo que se halla en mi mesa, y traed tambien mis cinceles. Esta es la única gracia que os pido.

- ¡Jóven! ¡quereis suicidaros con el

-; Suicidarme delante del Crucifijo! No, amigo mio; no temais que el artista se olvide de que ante todo es cristiano. Id á mi casa, y si veis llorar á mi padre, decidle que su hijo llora tambien; pero de alegría por verle mejor. No le digais, por el cielo, que estoy condenado á muerte.

El carcelero, al oir estas últimas palabras del jóven, perdió el color súbitamente, y dando un abrazo á su jóven protegido, salió apresurado de tan miserable estancia.

EL CRUCIFIJO.

El sol estaba muy cerca de la mitad de su carrera, cuando ya el pueblo de Burdeos se hallaba reunido á las puertas de la cárcel esperando dos cosas: que el relox anunciase las doce, y como consecuencia precisa que el reo saliese á su destino.

La multitud impaciente se agolpaba en rededor del patíbulo, deseosa de contemplar de cerca al jóven sentenciado que en aquellos últimos dias habia sido el objeto de todas las conver-saciones. El pueblo habia oido ensalzar las virtudes del reo, y el buen comportamiento que habia tenido con su padre, y no podia menos que condoceñida de una corona, ¡Ah! si vos qui- lerse de la suerte del jóven, reprobansiérais, esclamó, cogiendo entre sus do la sentencia del tribunal, demasiamanos la derecha del carcelero, tal do cruel en su concepto. Todos tovez el lauro que por tanto tiempo he maban parte en las conversaciones populares de aquellos dias, y todos ensalzaban á su modo las prendas del jóven artista. Los ancianos consideraban como disculpable su arrebato, y tanto mas cuanto era un perro judio, -Escuchad, pues. Tres dias me como ellas decian, el objeto de su fu-(Continuará.)



VARIEDADES.

UN ARTISTA.

EL CRUCIFIJO.

(CONCLUYE.)

Las viejas decian que habia sido un buen hijo, y que un escesivo amor filial no debia castigarse tan cruelmente. Las jóvenes alababan en Ricardo el amor que habia mostrado en varias ocasiones, y sentian la pérdida de un joven de tantas esperanzas. Las muchachas se condolian al saber que era un esbelto jóven el que iba muy pronto á finar la carrera de sus dias; finalmente, entre los muchos que hablaban, no faltó alguno que creyese que Dios no consentiria la muerte de un muchacho de tan bellas prendas, cuando un judío maldito (y lo decian por Ezequiel) era la causa de su sentencia,

Cual suele alzarse del fondo de los mares un sordo murmullo, producido por el viento tempestuoso que comienza á agitar la superficie de las ondas, así del centro de aquella muchedumbre, en la parte que todos hablaban, algunos reian, y los mas rumiaban impacientes por la tardanza del reo, se dejaba sentir un confuso susurro de taba el capricho, y el tenia que refre-

voces que se perdia á lo lejos. Sonaron en este momento las doce, y el pueblo, como si hubiera sido tocado de un resorte mágico, enmudeció súbitamente; las puertas de la cárcel se abrieron, y la triste comitiva apareció en la calle.

-¡Qué sereno va! decian unos al mirar el paso seguro de Ricardo.

-Es que no le remuerde la conciencia, murmuraban algunas viejas.

-Y es muy buen mozo. . . qué lástima! añadian las jóvenes.

-Por vida de mi abuelo! decian no pocos mozos; ¡merece la muerte de un judío la pena de quitar á un cristiano

Entre tanto marchaba el pobre Ricardo al patíbulo, fijos los ojos en el Crucifijo, su obra; Crucifijo que habia legado á los hermanos de la caridad que le acompañaban, habiéndosele otorgado la gracia de que aquella divina imágen, bendecida ya por el obispo, le consolase en su agonía. ¡Oh! cuán terrible era entonces la situacion del desgraciado jóven! Sentia su paso trémulo, y se veia forzado á aparentar fuerza y energía; tenia los ojos henchidos de lágrimas, y una fuerza superior le decia: No te muestres apocado, derrita ese llanto el fondo de tu corazon; pero no lo viertas esponiéndolo à la befa de una muchedumbre que no se cuidará de enjugarlo. Miraba en torno un pueblo que lloraba, que miraba, que se reia, segun le dic-

nar los suspiros que ahogaban su pe-! abandona para siempre el mundo; x cho: un pueblo que manana volveria el joven que le escuchaba reverente, otra vez á contemplar ese magnifico murmuraba en tanto el postrer rezo planeta que rige al universo, y que del que está en agonía. mañana danzaria y reiria también sin curarse del infeliz que había dejado la mansion de los vivos. Cuando así discurria lanzaba del pecho oprimido un suspiro imposible de contener, suspi- Redentor ciñeron el cuello del sentenro dirigido desde el fondo de su cora- ciado... zon al corazon de su padre.

el reo su marcha sin curarse del gen- repitió á lo lejos un continuo vocerio tío que le circundaba, aunque dirigiendo maquinalmente y de vez en churosa plaza; que se salve, gritaron cuando sus miradas á la muchedum-bre, cuando de repente helada la san-bres, mugeres, ancianos, chicos, todos gre en sus venas y faltos los ojos deluz, mezclados en turbulenta confusion, se se paró súbitamente, no pudiendo sos- lanzaban al patíbulo, atropellando por tenerse en pié. Era una imágen espantosa la que le sobrecogia, la vista del patibulo que se alzaba á unos cuarenta pasos de distancia, y que se erguia en pié como para recibir á su nucvo huésped. En aquel momento esperimentó una sensacion espantosa, como si le arrancaran á pedazos el alma y el corazon.

¡Pobre Ricardo! Ya estás en el patíbulo; ya cuentas el último instante de tu vida; despídete de las ilusiones les que deslumbran tu vista en medio del tumulto de las ciudades; son tan mentidos los goces de la vida, que no deben llorarse al despedirse de ellos. Pon tu sola confianza en ese Dios que asienta su trono sobre las bóvedas del cielo, en ese Dios que te depara una corona mas duradera que la que el mundo hubiera podido cenir á tu frente. Adios, Ricardo: las puertas de la eternidad ruedan ya sobre sus quicios para darte entrada, la muerte te reclama desde la losa de tu sepulero, y el angel de los muertos aletea ya en torno de tus cabellos, esperando el alma que ha de conducir á la mansion de los querubes.-El sacerdote, que hablaba de este modo al reo, concluida que fué su plática, dió su bendicion á

Adios, hermanos mios, grito Ricar do con esforzado aliento. Adios, hasta la eternidad. . . . - y joh pasmo! al ir á abrazar al Crucifijo, los brazos del

Milagro, ... milagro! ... gritaron Absorto en estas ideas, continuaba los que rodeaban el patíbulo; milagro, que se perdia en los estremos de la anmedio de la tropa que le guarnecia con ánimo de comprar la libertad del reo, aun cuando hubiera de ser á costa de sus vidas.

La roz del pueblo es la voz de Dios, dice el célebre autor del Solitario. Gritar la muchedumbre por la libertad del reo, lanzarse al patíbulo y salvar á Ricardo, conduciéndole en andas por las calles de Burdeos, todo fué obra de un momento. En vano los soldados querian poner órden, aseguranmundanas; no pienses ya en los laure- do que ellos conducirian al sentenciado á la carcel, hasta tanto que el tribunal resolviese su libertad; en vano la caballería caracoleaba por medio de la muchedumbre, haciendo paso y atemorizando la alborotada plebe; el torrente se habia desatado, y cra sobrada locura querer oponer dique á su atropellador empuje.

El pueblo, pues, logró lo que anhelaba, y el jóven artista salvó una vida que ya contaba en su último suspiro. Pocos dias despues de acontecido este suceso, Ricardo y su anciano padre seguian el camino de Inglaterra; y algunos años mas tarde, el nombre de Ricardo se elevaba hasta la altura del de los mas distinguidos artistas.

Respecto del abrazo que el Crucifijo dió al sentenciado, todavía para el Ricardo como el último adios del que vulgo de aquellas cercanías, aunque si través de tan luengos años, pasa por Y tiéndenos, María, tu maternal mirada, un milagro de los mas solemnes. No Donde la paz, la vida y el paraise está. obstante, las crónicas de aquellos tiempos aseguran tan solo que en aquel suceso no tuvo el cielo intervencion ninguna, y que si el Crucifijo abrazó al reo, fué porque al tenderle los brazos tocó maquinalmente un resorte que lo hizo poner en movimiento. El lector puede adoptar de estas opiniones la que mejor le parezca, en la inteligencia de que yo lo he contado como lo he oido contar.

RAMON DE SATORRES. (Entreacto.)

->>>> A MARIA.

> 22222 PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada Que el resplandor nos vels que tu semblan-

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza; Tú, flor del paraiso y de los astros luz, Escudo sé y amparo de la mortal fiaqueza Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres, joh María! un faro de esperanza Que brilla de la vida junto al revuelto mar, Y hácia tu luz bendita desfallecido avanza El naufrago que anhela en el Eden tocar.

Impela, joh Madre augusta! tu soplo so-La destrozada vela de mi infeliz batel, Ensé ale su rumbo con compasiva mano, No dejes que se pierda mi corazon en él.

JOSE ZORBILLA.

